

Breve pero densa y muy bien estructurada es esta reciente obra coordinada por Rafael Fayos, del CEU Cardenal Herrera, en la que participan también Jaime Vilaroig, Juan Manuel Monfort, Antonio Piñas, Sergio Sánchez-Migallón, el propio Rafael Fayos, Jesús de la Llave Cuevas y Antonio Schlatter Navarro, casi todos profesores universitarios en distintas instituciones españolas. Mediante sus respectivos escritos sobre Unamuno, Ortega y Gasset, Laín Entralgo, García Morente, Guardini, Derrick y MacIntyre se nos presentan varias visiones complementarias y realistas sobre la realidad de una institución centenaria, que sigue siendo de enorme valor en nuestra sociedad contemporánea.

Se trata no solo de conocer sus orígenes históricos, interesantes de por sí, como la búsqueda de un saber universal –de ahí su nombre–, sino sobre todo de “dar razón” de su continuidad, de analizar cuál ha sido la vivencia personal que han tenido de ella los autores recién citados, ya sea en calidad de estudiantes, de docentes o desde los puestos de gestión –como el rectorado de Unamuno en la Universidad de Salamanca o el de Laín Entralgo en la Universidad Central de Madrid–, para así poder localizar cuál fue el papel de las humanidades en su gestación y en el pasado reciente; y cuál sería el puesto que deberían ocupar en las universidades actuales. La obra trata de hacer una reflexión que vaya al fondo de la cuestión, pues intenta mostrar cuál sería el camino a seguir para que quienes pasen por ella no reciban solamente una mera instrucción, un listado de competencias adquiridas y un acceso más fácil a la vida profesional (una “educación servil”, en expresión de Christopher Derrick), sino el lugar donde se les ha *enseñado a pensar*, donde se ha logrado un saber integral y unitario y donde, además de aprender cómo se ejerce una determinada profesión, se ha establecido un contacto directo con el cultivo de la sabiduría.

La obra está dividida en tres partes, que son a la vez cronológicas y temáticas, en cierto sentido también geográficas. En la primera asistimos a “Tres retratos de la Universidad española”, en la que se nos muestra cómo Unamuno estuvo ligado largos años a esta institución para dedi-

carse desde ella a despertar conciencias y ejercer su labor crítica respecto a la sociedad, fomentando a la par la formación de hombres cultos con sentido del espíritu clásico helénico, capaces de ser un contrapeso a la inercia y el estancamiento intelectuales y libres de servilismos de todo tipo, especialmente el político.

Por su parte, Ortega ejerció una triple acción que contribuyó a la renovación de la universidad española con una asombrosa eficacia: su cátedra de Metafísica en la Universidad Central, sus escritos sobre esta institución, en particular *Misión de la Universidad*, y su labor editorial desde la *Revista de Occidente*. En ese escrito, Ortega condensa sus ideas sobre el papel de la cultura en la vida humana: es “un instrumento para nuevas conquistas en el afán humano de saber a qué atenerse”, con lo cual la universidad tiene la triple misión de educar a las minorías capaces de dirigir a la sociedad, de humanizar las profesiones y de revitalizar la propia vida universitaria, convirtiéndola en una creación humana más auténtica, alejándose de un peligro muy sutil, como es el de la politización. La concreta propuesta de Ortega es la creación de una “Facultad de Cultura”, en la cual la Filosofía ocupa un puesto central y unificador.

A su vez, la figura de Laín Entralgo es también de gran interés, tanto por su vocación médica y humanista –que desarrolló desde su cátedra de Historia de la Medicina– como por sus acciones directas sobre la propia institución desde su papel de rector, que contribuyeron a reconstruirla, democratizarla y mejorarla. Y por sus reflexiones sobre la universidad como institución –dedicó 15 escritos a esta cuestión–: Laín siempre la consideró como una “empresa”, pero no en sentido mercantilista, sino humano, como proyecto de ser que lucha por su autenticidad y caracterizada por el amor intelectual, la investigación y la cooperación; en este sentido, es comprensible que Laín tuviera gran interés por crear una red entre las universidades de habla española, como efectivamente hizo en las Asambleas de Universidades Hispánicas.

Una segunda parte reflexiona sobre las “Relaciones entre ciencia y fe en la Universidad”, a partir de las vidas y obras de García Morente y Romano Guardini. En el caso del primero, se toma pie sobre todo en la conferencia “El espíritu científico y la fe religiosa”, de la que se desprenden cuestiones de gran actualidad, como son la relación de la fe con la idea de progreso y su pertinencia en el espacio público o la supuesta incompatibilidad entre los puntos de vista religioso y científico. Es interesante ver cómo cabe hacer el razonamiento a la inversa, mostrando adónde han abocado ciertas ideologías en la historia cuando han pretendido ser el progreso absoluto prescindiendo de toda dimensión trascendente en el

hombre. O cómo es posible hacer una lectura más completa de lo que es verdadero progreso cuando a este se le une el concepto de valor.

Cabría decir que otro de los profesores del siglo XX que podrían “dar razón” de la universidad es Romano Guardini, precisamente por haber vivido desde dentro una de sus mayores crisis y de sus posteriores esfuerzos de recuperación. Como primer titular de la cátedra de Filosofía católica de la religión en Berlín, fue testigo en primera persona de lo destructora y empobrecedora que es la politización de la universidad y la injerencia dentro de ella de estamentos extraños a su labor docente y humanizadora. Tras enseñar durante dieciséis años una interpretación del pensamiento genuinamente católico sirviéndose de las obras de Dostoyevsky, Agustín de Hipona, Dante, Platón, Pascal o Rilke, fue informado en 1939 de que “en la universidad no podía tener cabida una cátedra de visión católica del mundo ya que el Estado tenía su propia visión de la vida”. Tras el período bélico, en el que Guardini se dedicó a sus propios libros y a la labor pastoral, reanudó su actividad docente con gran reconocimiento. Fue en esta etapa postbélica cuando surgieron sus tres escritos relacionados directamente con la educación superior, donde reflexiona sobre la responsabilidad del estudiante respecto a la cultura y contrapone la “voluntad de poder” nietzscheana a la “voluntad de verdad”, un tema que le ocupó en gran medida. Fue, de hecho, muy perspicaz al darse cuenta de que el aumento del nihilismo y el pensamiento débil abocarían a la tiranía del Estado y el aumento del totalitarismo.

La última y tercera parte muestra “La universidad y su influjo en la sociedad”, pues, efectivamente, se trata de una institución que debería ser independiente de otros estamentos pero, a su vez, dada su vocación unitaria e integradora, necesariamente ha de mantener una relación en doble dirección con la sociedad. En este sentido, las reflexiones del ensayista británico Christopher Derrick, discípulo de C. S. Lewis, sobre la posibilidad de que la universidad inspire otro modelo de sociedad cobran un gran valor. No solo “puede” la universidad inspirar una sociedad mejor, sino que “debe” hacerlo, mediante lo que Derrick ha llamado “educación liberal”, la que va más allá de intereses utilitaristas y cuantificables y aspira a una auténtica sabiduría. No en vano se recuerdan en este artículo los lemas de varias universidades, entre ellos el de Deusto, que es él solo, de por sí, todo un programa de regeneración social: “*Sapientia mellior auro*” (“La sabiduría es mejor que el oro”).

Asimismo, las aportaciones del filósofo escocés Alasdair MacIntyre sobre el trabajo intelectual como oficio aportan un punto de vista inesperadamente práctico y ético sobre la labor de la persona culta. Pues

MacIntyre, siguiendo a Aristóteles, sostiene que todo trabajo, también el intelectual, es un oficio propio de artesanos, cuya medida no es la productividad, sino la contemplación y la virtud. Y, por tanto, toda estructura de un saber unitario tendría que tomar como centro la filosofía y la teología. Considerado de este modo, el trabajo de los académicos podría atajar uno de los grandes problemas de la universidad de nuestros días, como es la fragmentación e inconexión de los saberes.

El análisis de varias de sus obras, como *Tras la virtud, Justicia y racionalidad, Tres versiones rivales de la ética y Dios, filosofía, universidades. Historia selectiva de la tradición filosófica católica*, muestra la interesante evolución intelectual del filósofo escocés –desde el marxismo internacionalista hacia el aristotelismo y tomismo–, así como una idea de la universidad que no está centrada en el “paradigma del producto”, sino en el “paradigma de la virtud” generada del trabajo intelectual y de la construcción de pequeñas comunidades en las que se concreten las prácticas de orden moral.

Un puesto central en esta comprensión de la universidad lo ocupa la filosofía, considerada “el arte maestro de las artes maestras”, dado su carácter universal e integrador; aún más importante es el hecho de que, en la perspectiva de MacIntyre, la filosofía no solo tiene una dimensión teórica y contemplativa, sino práctica y vivencial: se trata de desarrollar la facultad de conocer pero también de una forma de vida y de convertirse a sí mismo, como muestra Platón en el *Gorgias* o la *República*, en un tipo particular de persona.

Sería justamente así como el académico salvaría otros dos escollos lamentablemente presentes en las instituciones universitarias actuales: la separación entre la universidad y la realidad y la falta de compromiso del intelectual.

Estas siete visiones sobre la universidad son, además de siete intentos para que esta institución no se convierta en “multiversidad” (la expresión es de MacIntyre), distintas muestras teóricas y vivenciales de cómo tendría que afrontar la educación superior actual los retos que tiene hoy ante sí.

NIEVES GÓMEZ